

LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO, RAFAEL ALTAMIRA Y LA JAE:
CONTROVERSIAS EN TORNO A LA GESTIÓN DE LAS RELACIONES INTELLECTUALES HISPANO-AMERICANAS (1909-1911)

POR

GUSTAVO H. PRADO
Universidad de Santiago

Acostumbrados a atender a las pujas entre las tradiciones liberales y conservadoras españolas, las tensiones internas del campo reformista han pasado casi desapercibidas. Tal es el caso de la controversia acerca de la gestión del intercambio intelectual con América Latina, que enfrentara a la Universidad de Oviedo y Rafael Altamira, con la política de fomento de la ciencia de Canalejas y la JAE. Proponemos aquí recuperar este debate ideológico en el contexto político de 1907-1913, analizando fuentes inéditas y textos americanistas de Altamira, para comprender por qué el ideal compartido de la apertura y proyección internacional de la ciencia española, dio lugar a estrategias de acción conflictivas.

PALABRAS CLAVE: *Intercambio intelectual, España, América Latina, Rafael Altamira, Universidad de Oviedo, Junta para Ampliación de Estudios.*

Rafael Altamira y Crevea fue, qué duda cabe, un intelectual de considerable influencia en el mundo de las ideas de la España de fines del siglo XIX y principios del XX. La claridad de sus diagnósticos, el sesgo eminentemente práctico de sus reflexiones y su compromiso militante con la causa de la modernización cultural y científica le permitieron constituirse en uno de los referentes centrales del krausismo-institucionalismo, del regeneracionismo y del movimiento americanista¹.

Como bien se ha afirmado, Altamira tuvo un papel clave en la superación de la historiografía liberal a través de la introducción de nuevas perspectivas analíticas franco-alemanas y del refuerzo ideológico de la institucionalización universitaria de la disciplina. La creación de instrumentos de socialización intelectual y

¹ BERNABEU ALBERT, 1987. NIÑO, 1993. SEPÚLVEDA MUÑOZ, 2005. DALLA CORTE Y PRADO, 2005. PRADO, 2005, 2006 y 2007.

actualización bibliográfica como la *Revista de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispano-americanas*; su inteligente divulgación de la preceptiva metodológica de Bernheim, Langlois y Seignobos; y la introducción de la *historia de la civilización* en España, demostrarían que el alicantino estuvo en la vanguardia de las corrientes de renovación intelectual durante la Restauración².

Sin embargo, la nota distintiva del perfil de Altamira era, sin duda, la riqueza de su sociabilidad académica y su exitosa proyección en ámbitos intelectuales internacionales, en los que no tardó en ser considerado como una de las voces españolas de consulta y referencia. Como podría observarse fácilmente a través de cualquier revisión de su biografía³ y de sus obras, la ciencia no era para Altamira un universo de papel e introspección, sino un espacio trasnacional de socialización, surcado por una red de circuitos institucionales y personales por la que los españoles debían transitar con tres propósitos: para beneficiarse del movimiento progresivo del conocimiento; para dar a conocer sus propios avances y para jerarquizar internacionalmente a la España moderna que despuntaba en aquella coyuntura entre fatídica y prometedora.

Asumiendo que la producción y difusión de la ciencia eran asuntos fundamentalmente universitarios, Altamira postulaba, en un célebre texto de 1898, que la apertura externa de la Universidad sería una garantía para dinamizar la anquilosada tradición intelectual peninsular y que, en el marco de esta política, el intercambio de recursos humanos con centros extranjeros permitiría enriquecer a la sociedad española. La certeza de que no bastaba con procurarse libros o revistas europeos o americanos para lograr aquel objetivo, le permitía afirmar que: «nuestros alumnos y nuestros profesores deben, pues, ir al extranjero, para completar su educación; para recoger enseñanzas y ejemplos o para adiestrarse en especialidades científicas»⁴.

Un capítulo importante de la nueva socialización internacional del conocimiento a la que debían incorporarse los españoles lo constituían los congresos. La importancia de estos eventos para las «colectividades científicas» participantes radicaría, por un lado, en el influjo rector que demostraban tener sobre los programas de investigación y, por otro lado, en su capacidad para atraer el apoyo de «los poderes públicos de las naciones civilizadas interesadas por el progreso científico». Pero al margen de estimular la investigación y orientar la necesaria acción estatal en materia científica, los congresos ofrecerían, según Altamira, un espacio para el diálogo y la cooperación, potenciando un «internacionalismo racional» y contribuyendo a la «obra de la paz universal y de la dulcificación de las asperezas nacionalistas»⁵. En todo caso, asistir regularmente a los congresos —y no

² PASAMAMAR ALZURÍA y PEIRÓ MARTÍN, 1987: 9, 20-26, 30, 39 y 56-57.

³ RAMOS, 1968. AA.VV., 1987.

⁴ ALTAMIRA, 1898: 31-32.

⁵ ALTAMIRA, 1903a: 39.

sólo enviar unas cuartillas para su lectura— resultaba indispensable en tanto permitiría entablar una comunicación personal con los especialistas de otros países; observar y discutir los avances de una disciplina; intercambiar opiniones, interrogantes, datos y referencias; prohijar futuras colaboraciones; etc⁶.

Estas juiciosas consideraciones no eran compartidas, sin embargo, por la mayoría de los colegas españoles de su tiempo, tal como comprobó en ocasión de su solitaria asistencia al II Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Italia en 1903. En este evento, Altamira pudo observar no sólo el supino desinterés de sus pares, sino el mezquino papel de un Ministerio de Instrucción que negaba cualquier subvención y solía poner trabas burocráticas para asistir a aquel tipo de eventos⁷.

Para el alicantino era evidente que la pereza intelectual instalada en la mayoría de los claustros universitarios y académicos; la desmoralización provocada por el Desastre del '98 y la crónica escasez presupuestaria se coaligaban para perpetuar el descrédito internacional de España. No asistir a los congresos significaba desaprovechar oportunidades inmejorables para refutar los tópicos hispanóforos que acosaban al país desde el siglo XVI⁸; para alentar a los pocos hispanistas consecuentes que había en Europa y EEUU; y para explotar —en beneficio de las instituciones pedagógicas y culturales españolas—, el creciente interés que despertaban, por ejemplo, la historia peninsular o el castellano⁹.

Así, la conclusión del alicantino no podía ser, en 1903 y de cara al futuro, más lúcida y realista: España debía cambiar y debía esmerarse en mostrar en los foros internacionales sus transformaciones, abandonando la peregrina idea de que sus esfuerzos reformistas y modernizadores serían reconocidos espontáneamente en el exterior ya que, por lamentable que ello fuera, había que admitir que «España no representa apenas nada en la vida internacional»¹⁰.

Teniendo en cuenta el ideario de Altamira, es indudable que este referente de la ILE no podía menos que entusiasmarse con la creación, bajo el gobierno de Segismundo Moret y siendo Ministro de Instrucción, Amalio Gimeno, de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) con el objeto de ofrecer becas y pensiones para estudiantes españoles que desearan estudiar en el extranjero; incrementar los intercambios pedagógicos con Europa, EE.UU. e Hispanoamérica; establecer una red de centros de investigación que absorbieran a

⁶ ALTAMIRA, 1903b: 478.

⁷ ALTAMIRA, 1903c: 178.

⁸ «Si seguimos callados y metidos en un rincón, sin salir afuera y comunicar con el resto del mundo, no nos extrañe luego que se perpetúen las leyendas desfavorables a nuestro pueblo. La parte de culpa que también tienen los que pretenden conocernos sin molestarse mucho en estudiarnos seriamente, no puede invalidar nuestra obligación de darnos a conocer; antes al contrario, la hace más imperiosa, en provecho propio y por el más rudimentario egoísmo». ALTAMIRA, 1903d: 188.

⁹ ALTAMIRA, 1903b: 481 y 483.

¹⁰ ALTAMIRA, 1903b: 488.

los pensionados que retornaban a España; enviar representantes españoles a congresos internacionales y encargarse de las labores de propaganda internacional de la cultura española¹¹.

En el mismo sentido, no cabe suponer en Altamira resquemor ideológico alguno ante el relanzamiento de la JAE¹² y su ulterior la expansión, que comenzaría por la fundación de un Centro de Estudios Históricos (CEH) con propósitos tales como: fomentar la investigación historiográfica en España; agrupar a los científicos españoles en centros de trabajo para promover la cooperación y asegurar la socialización del conocimiento; apoyar la continuidad de las actividades científicas e investigadoras de los graduados universitarios hasta que consiguieran colocación definitiva; preparar y asesorar a los pensionados que salieran a cursar estudios al extranjero y recibirles a su regreso para que «continuasen su labor científica y compartiesen los conocimientos adquiridos»¹³.

Después de todo, la fundación y expansión de la JAE indicaba que el Estado tomaba consciencia, por fin, de sus responsabilidades en el área y se mostraba predispuesto a asumir buena parte de los diagnósticos y de la terapéutica propuestas por los intelectuales regeneracionistas e institucionistas.

Sin embargo, hace ya tiempo que sabemos que, pese a la amistad y a las coincidencias ideológicas que Altamira mantuvo con los hombres de la JAE y pese a integrarse posteriormente en su estructura, «no llegó a tener en la Junta una influencia tan decisiva y relevante como otros personajes de su época»¹⁴.

La relativa —y en buena medida autoimpuesta— marginalidad de un referente krauso-institucionista de primer orden respecto de los grandes proyectos de la JAE, constituye un cuestión muy interesante para dilucidar, en tanto puede ayudarnos a comprender mejor las líneas de falla que existían al interior del espacio intelectual reformista de la España finisecular.

Acostumbrados a reconocer la importancia de las pujas que dividieron a las tradiciones liberales y conservadoras españolas —de las cuales fue víctima el propio Altamira tras su designación como Director General de Primera Enseñanza¹⁵—, las tensiones surgidas al interior del espacio intelectual reformista han pasado mayormente desapercibidas o han sido convenientemente minimizadas.

Tal ha sido la suerte por la controversia que se manifestaría en abril de 1910, alrededor de la gestión del prometedor intercambio intelectual con América Latina. Fue entonces cuando, simultáneamente al ascenso de Canalejas, emergería una contradicción inesperada que enfrentaría, en la práctica y por un lado, las necesidades y demandas de autonomía del movimiento americanista con la política de modernización intelectual abrazada por el Gobierno liberal; y, por otro

¹¹ Real Decreto del 11 de enero de 1907 (*Gaceta*, Madrid, 22-VI-1907).

¹² Real Decreto del 22 de enero de 1910 (*Gaceta*, Madrid, 28-I-1910).

¹³ Real Decreto del 18 de marzo de 1910 (*Gaceta*, Madrid, 19-III-1910).

¹⁴ FORMENTÍN Y VILLEGAS, 1988: 207.

¹⁵ GARCÍA GARCÍA, 2000. MELÓN, 1987: 153 y 161-170. PRADO, 2005: 795-817.

lado, a los programas del propio Altamira y de su Universidad con los planes del Ministerio de Instrucción y de la JAE¹⁶.

Buscando una explicación razonable para las prevenciones que mostrara Altamira respecto de la Junta, Justo Formentín y María José Villegas precisaron que «su tibia relación» con la JAE podía deberse a la disconformidad que aquél mostrara «en ciertas cuestiones, como las referentes al envío de pensionados a América, a la centralización en aquel organismo de las subvenciones para becas e intercambio cultural y de profesorado, etc...»¹⁷.

En efecto, el profundo compromiso de Altamira con el programa del movimiento americanista español —que en gran medida le era propio— fue, sin duda y por encima de su lealtad con la Universidad de Oviedo, el principal factor de conflicto con la JAE. Ahora bien, ¿es posible aportar algo que sume a lo advertido por Formentín y Villegas y que nos permita entender mejor aquel curioso disenso? ¿Es posible hallar tras este desacuerdo algunos problemas y cuestiones que trasciendan del mero anecdótico biográfico? Creemos que sí, en tanto es necesario recuperar esta controversia, conjugando la observación de las ideas y proyectos enfrentados con una contextualización de su desarrollo en la coyuntura política de 1907-1911. Para ello es posible ofrecer hoy a la consideración historiográfica algunos documentos inéditos, conservados en los diferentes archivos en que se hallan distribuidos los papeles de Altamira y una relectura crítica de varias de sus obras americanistas en las que se exponen ciertos hechos y argumentos directamente relacionados con estos asuntos y que hasta ahora no han sido tenidos demasiado en cuenta por los historiadores.

EL AMERICANISMO DE RAFAEL ALTAMIRA Y EL VIAJE CONTINENTAL DE 1909-1910

Para Altamira era indudable que cualquier forma de proyección externa o intercambio científico que pudiera ensayar España debía invertirse en empresas no demasiado arriesgadas. Poner en marcha esta política implicaba una ingente tarea de planificación ministerial, coordinación interuniversitaria, asignaciones presupuestarias y ajustes curriculares. En ese sentido, teniendo en cuenta la inversión que tal proyecto demandaría, el catedrático ovetense creía que se debía apostar por aquellas iniciativas en las que España pudiera verificar, en sus contrapartes, la existencia de la infraestructura y voluntad necesarias para implementar un cambio académico regular o asociarse en empresas conjuntas. Pero, más allá de esto, la utilidad de un programa integral de proyección e intercambio estaría dada por su capacidad de satisfacer ciertos ideales e intereses: la posibilidad de nutrir-

¹⁶ Otros aspectos de este conflicto, en lo que hace a su incidencia sobre el movimiento americanista y sus diferentes paradigmas de acción han sido estudiados en: DALLA CORTE Y PRADO, 2005.

¹⁷ FORMENTÍN Y VILLEGAS, 1988: 207.

se de los progresos y perspectivas propias de otras comunidades científicas; la posibilidad de ofrecerles, en contrapartida, bienes intelectuales que revirtieran en una jerarquización internacional de la ciencia y la universidad españolas; la posibilidad de potenciar una evaluación crítica y una recuperación selectiva del acervo histórico e intelectual hispánico; y la posibilidad de contribuir a la regeneración y el fortalecimiento del espíritu nacional español.

Desde esta perspectiva, se comprende que América Latina fuera contemplada como el escenario prioritario —aunque no exclusivo, por supuesto— para ensayar tal programa de apertura y proyección exterior de la ciencia y la intelectualidad española.

Podría pensarse que Rafael Altamira había postulado una síntesis atractiva entre los ideales del regeneracionismo y del movimiento americanista. Sin dejar de apreciar la especificidad de estas ideologías —que, por entonces, compartían no solo referentes y militantes, sino una matriz crítica y un horizonte liberal-reformista— podríamos pensar que, tal vez, el americanismo era, más bien, el campo de aplicación adecuado para que sus diagnósticos y propuestas —de raíz regeneracionista e impronta krauso-positivista— demostraran su pertinencia y su potencialidad transformadora.

La certeza de que España no estaba sola, sino que su condición de *madre de naciones* la acercaba naturalmente a un inmenso colectivo que poseía cualidades y defectos comunes y un interés idéntico por defender una cultura compartida, era la que alentaba el proyecto americanista de Altamira, que era considerado por su autor, como una realización de alta política guiada por el más elevado y puro patriotismo¹⁸.

Esta opción prioritaria por lo hispanoamericano era, a todas luces, una opción por lo español, toda vez que su apuesta por el enriquecimiento del propio acervo, suponía la incorporación de los frutos culturales que brotaban de unas ramas desgajadas de la misma tradición hispana. La tarea de regeneración que Altamira proponía a la Universidad española y, en especial, su capítulo «americanista», debiera ser leída, en este sentido, como una de las reacciones más lúcidas ante la traumática clausura de la experiencia imperial en el Nuevo Mundo y a los peligros que entrañaban, para los propios intereses españoles, las pretensiones neocoloniales de otras potencias europeas y de los EEUU.

La creciente postergación de la tradición hispana en América suscitaba inquietud y alarma en quienes veían que la «raza española» era amenazada «por el predominio creciente de la anglo-americana»¹⁹. Altamira participaba, por supuesto, de este temor y creía que sólo un triunfo en la batalla por la regeneración de España podía garantizar la supervivencia de la cultura española y que, una vez más, buena parte de ese combate se libraría en América.

¹⁸ ALTAMIRA, 1898: 41.

¹⁹ ALTAMIRA, 1898: 25.

De allí que en 1898 encontremos a un Altamira atento a descubrir aquellas oportunidades que España podía aprovechar, como aquella que ofrecían los procesos de reforma de la enseñanza de las repúblicas hispanoamericanas. La oportunidad real de cubrir, al menos en parte, aquellas demandas, era lo que impulsó a Altamira a animar a los profesores españoles a que se aventurasen en el Nuevo Mundo y a instar a las diferentes partes interesadas en el negocio editorial, a que hicieran pie en el mercado latinoamericano, ávido de leer en castellano obras de ciencia moderna²⁰.

Facilitar la movilidad de los intelectuales y de la bibliografía científica era, para Altamira, una opción más oportuna que la de fundar, por ejemplo, una universidad iberoamericana, tuviera este emplazamiento en La Habana, Santiago de Compostela, Sevilla o Salamanca²¹. Desde el punto de vista español, sería preferible invertir esfuerzos en constituir comisiones y delegaciones mixtas para la asistencia a Congresos y Conferencias internacionales²² y lograr que el castellano fuera admitido como idioma científico.

Ahora bien, cualquier acción que se emprendiese en este terreno —tanto si se pretendía atraer estudiantes y docentes extranjeros, como si pretendía ser aceptados en sus universidades— sería inviable si antes las casas de altos estudios españolas no encaraban una reforma de sus programas y de su estructura, asumiendo la realidad de su atraso relativo²³.

Esa política de renovación era la que estaba acometiendo, precisamente, la Universidad de Oviedo, la cual se convertiría, en poco tiempo, en uno de los principales laboratorios del reformismo liberal español. Esta transformación, iniciada a fines de los años '80, tomó fuerte impulso tras el Desastre de 1898 gracias al compromiso patriótico e intelectual y a la habilidad político-académica de un puñado de catedráticos institucionistas asturianos —a los que se sumaría Altamira en 1897— conocidos como el Grupo de Oviedo²⁴.

Las iniciativas de aquel Grupo —en las que Altamira tuvo un marcado protagonismo— no sólo incidieron en la modernización de la enseñanza superior en Asturias sino que, a través de emprendimientos innovadores como la Extensión Universitaria, la Universidad Popular o el intercambio docente con la Universidad de Burdeos, lograron proyectar la acción universitaria en el ámbito social y ponerla en relación con otros centros.

En este sentido, el progresivo fortalecimiento de la posición de Altamira al interior del Grupo de Oviedo y en el Claustro, situó a la universidad asturiana en

²⁰ ALTAMIRA, 1898: 46.

²¹ CAGIAO VILA, COSTAS COSTAS y DE ARCE ANDRATSCHKE, 1997; las objeciones del alicantino a estos proyectos pueden verse en: ALTAMIRA, 1909: 42-43.

²² ALTAMIRA, 1911: 53.

²³ ALTAMIRA, 1911: 53-54.

²⁴ MELÓN, 1998a. URÍA, 1996 y 2000. PRADO, 2005: 219-316. La «trípode institucionista» original estaba formada por Adolfo González Posada; Adolfo Álvarez Buylla y Aniceto Sela y Sampil.

una posición privilegiada y expectante en materia de política americanista, al tiempo que permitió al alicantino obtener un sólido respaldo institucional para sus iniciativas.

Es indudable que la militancia americanista de Altamira estimuló la participación institucional de su Claustro en el Congreso Hispano-Americano de 1900 reunido en Madrid. Además de coordinar una ponencia conjunta con sus colegas que marcaría un hito en la historia del americanismo español²⁵, Altamira presentó allí un pequeño volumen de su autoría titulado *Cuestiones hispano-americanas* en el que profundizaba algunos aspectos de su programa.

Si en el *Discurso* de 1898 Altamira advertía que le correspondía a las universidades colaborar con la regeneración de la nación, en las *Cuestiones* afirmaba que esto implicaba asumir gran parte de la obra hispanoamericanista pendiente, someramente esbozada —en el terreno jurídico, histórico-geográfico y pedagógico— en los diversos encuentros a que dio lugar el IV Centenario del Descubrimiento. Estas instituciones deberían hacer suyas, pues, las corrientes de solidaridad que comenzaban a verificarse en «el elemento culto y director» español y americano, que se ha mostrado capaz de sobreponerse «al recuerdo, indiscreto e ilógico, de pasados y errores»²⁶.

Esta radicación universitaria de la problemática hispano-americanista permitiría sustraerla del contexto de la «política pequeña, mezquina, que atiende sólo a los problemas menudos y de momento... o se nutre de suspicacias, envidias y conjunciones utilitarias pasajeras», para vincularla a la «política elevada que tiene por norte los grandes intereses de la civilización». Esta gran política —ajena a cualquier «espíritu de rapiña internacional»— sería la consumación de un entendimiento patriótico entre las diferentes naciones del mundo hispano y tendría una finalidad primordialmente defensiva frente al dinamismo expansionista de otras civilizaciones²⁷.

Desde la perspectiva de Altamira, las universidades españolas podían contribuir a aquella alianza abriéndose francamente al mundo intelectual americano y haciendo méritos para contrarrestar las imágenes cristalizadas de una España esencialmente inculta, intolerante y reaccionaria. En este sentido, además de participar —y aprender— de sus ambiciosos procesos de reforma pedagógica e institucionalización científica²⁸ y atraer a los estudiantes americanos, debía negociarse el mutuo reconocimiento de los títulos profesionales, sin temer la competencia y sin caer en el prejuicio de la inferioridad cultural de las repúblicas hispanoamericanas²⁹.

²⁵ ALTAMIRA, POSADA, BUYLLA, SELA, ÁLVAREZ, ARAMBURU, CANELLA, JOVE Y ALAS, 1902.

²⁶ ALTAMIRA, 1900: 5.

²⁷ ALTAMIRA, 1900: 6.

²⁸ ALTAMIRA, 1900: 15.

²⁹ «no faltan en España gentes que opinan contra la reciprocidad de los títulos académicos con las repúblicas hispano-americanas, fundando su oposición, no en sentimientos de hostilidad, sino en la creencia de que la cultura de aquellos pueblos es inferior a la nuestra, y su instrucción pública

En todo caso, entre 1898 y 1908 Altamira había reflexionado detenidamente acerca de los medios adecuados para que estas relaciones intelectuales hispano-americanas se desarrollaran de forma armónica y permitieran consumir la ansiada apertura y proyección internacional que necesitaba la inteligencia española para fortalecer el proceso de reforma y modernización de su país. Y esos diez años sirvieron para que Altamira adquiriera la convicción de que tal política debía ser diseñada y gestionada por las propias casas de altos estudios.

Pese a todas las dificultades, esas relaciones tendrían muchas probabilidades de concretarse si respondían a la iniciativa independiente de las universidades; si se aseguraba la reciprocidad en el intercambio y si las iniciativas lograban emanciparse de compromisos políticos y de los recursos estatales: «Lo único viable, hoy por hoy, y mientras no cambien las condiciones políticas de España, es que, si quieren aproximarse los intelectuales libres de uno y otro mundo y colaborar en la obra común de la cultura, lo hagan sin contar con el Estado»³⁰.

Así, pues, cuando a fines de 1908 y a raíz de los festejos del III Centenario de la Universidad de Oviedo surgió, anecdóticamente, la idea de ampliar el radio del intercambio universitario recientemente experimentado con la Universidad de Burdeos³¹ a Cuba, Altamira estuvo en condiciones de persuadir a su firme aliado, el rector «regionalista» Fermín Canella, para que se lanzara de lleno a la carrera americanista que, en poco tiempo, habría de dispararse en toda Europa. El objetivo perseguido era claro: organizar autónoma y autárquicamente un periplo de escala continental que llevara al terreno americano la propuesta de establecer canales regulares comunicación con las universidades de Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba, adelantándose a la avalancha de «embajadas intelectuales» que asistirían, a lo largo de 1910, a los fastos patrióticos americanos.

Este Viaje Americanista³² no era, ciertamente, un simple y simpático *tour*. El diseño de este periplo suponía el abandono de la retórica, de la tradicional estrategia de cooptación de intelectuales americanos y de los imperativos paradiplo-máticos que condicionaban las iniciativas del movimiento americanista español, para arriesgar en terreno americano la suerte de una ambiciosa propuesta de asociación intelectual.

Al margen de algún tropiezo con la prensa madrileña y con el propio Segismundo Moret, la gestión del rector de la Universidad de Oviedo permitió que el Viaje se organizara rápida y eficazmente. En pocos meses Canella obtuvo las

más rudimentaria y de menor efecto útil. Que a los hispano-americanos les queda mucho por hacer en esta materia, es innegable, y ellos mismos lo reconocen; pero que realizan esfuerzos inauditos y entusiastas por mejorar su estado, habiendo conseguido en algunos órdenes estar por encima de España, es lo que muchos no saben...». ALTAMIRA, 1900: 30.

³⁰ ALTAMIRA, 1909: 54.

³¹ SELA Y SAMPIL, 1911: 440-463. Participaron de esta experiencia Canella y Altamira, por el lado ovetense y Pierre Paris y Firmin Sauvaire-Jourdan, por el bordalés.

³² MELÓN FERNÁNDEZ, 1998b. Prado, 2005.

autorizaciones ministeriales de rigor; selló un acuerdo con la Universidad Nacional de La Plata que permitiría solventar buena parte de los costos del periplo; y logró reclutar el favor de caracterizados líderes de la emigración española, como Rafael Calzada en Argentina, Alonso Criado en Uruguay y Telesforo García en México. De allí en más, la consistencia del discurso de Altamira, sus habilidades diplomáticas, sus estrategias de sociabilidad y lo atractivo de sus propuestas, le permitieron captar la atención y las simpatías de las elites gobernantes, de los intelectuales, de la prensa, de los educadores y de la clase obrera sindicalizada.

Entre junio de 1909 y marzo de 1910, Rafael Altamira publicitó en América, con extraordinaria repercusión, el intercambio de recursos humanos, el de recursos pedagógicos y la fundación de institutos de investigación latinoamericanos en España. Su campaña académica en Argentina, los cursillos impartidos en México y Cuba y las decenas de conferencias que pronunciara en sedes universitarias, escuelas, colegios y de instituciones de la sociedad civil fueron recompensados con dos doctorados *honoris causa* en La Plata y Lima y con el nombramiento como miembro correspondiente u honorario en varias academias. Su comportamiento ejemplar como portavoz de una España liberal y progresista le permitieron entrevistarse con seis jefes de Estado; llegar a preacuerdos de intercambio en Argentina y México; disfrutar del festejo de multitudes en Montevideo, Mérida, Lima y La Habana; y contar con el apoyo simultáneo de las colonias españolas —predominantemente republicanas— y de los diplomáticos de la Restauración.

El inesperado y completo éxito de la misión ovetense —apenas empañado por los cuestionamientos del publicismo católico y ultramontano— pondría en evidencia la inutilidad práctica que, para la regeneración de aquellos vínculos, habían tenido décadas de llamamientos vacíos a la confraternidad hispánica. Se abría pues un nuevo y prometedor horizonte para el americanismo. Pero si esta fue la conclusión a la que llegaron los círculos americanistas y muchos de los referentes institucionistas, republicanos o emigrantes que apoyaron decididamente la iniciativa ovetense, otro fue el corolario extraído por el Gobierno liberal y por otros intelectuales que compartían con Altamira ideales filosóficos, políticos, sociales y pedagógicos, amén de una leal adscripción a la ILE.

LA PUJA POR EL CONTROL DEL INTERCAMBIO INTELECTUAL CON AMÉRICA LATINA

Cuando el catedrático Rafael Altamira regresó de su triunfal periplo americano en marzo de 1910 siendo objeto del cortejo de los más altos círculos de la Restauración y de multitudinarios festejos en A Coruña, Santander, Alicante y Oviedo, la universidad asturiana vislumbró la posibilidad de obtener del Estado una serie de reconocimientos y recompensas acordes a la magnitud de los riesgos asumidos y a la enorme repercusión que el mensaje de su delegado alcanzara en América.

Pese a que existían ya ciertos síntomas desconcertantes³³, esta expectativa no parecía descabellada. Este optimismo se fundaba en la certeza de que aquella campaña, más allá de sus logros inmediatos, había logrado revelar a la opinión pública y a las elites americanas la existencia de una España moderna interesada en reformular y privilegiar sus relaciones con las naciones surgidas de su extinguido imperio.

Luego de rendir cuentas y renovar, el día 21 de abril, la confianza del Claustro³⁴, tras retornar de su primera y prometedor entrevista con Alfonso XIII y aún antes de que se acallaran las aclamaciones públicas, Altamira y el rector Canella se abocaron a explotar aquel clima favorable en beneficio de la Universidad de Oviedo, diseñando un programa americanista integral que orientara las ulteriores acciones del Estado.

Sin embargo, cuatro días después de que Altamira pronunciara una importante conferencia en la Unión Ibero-Americana en la que se auguraba la continuidad de aquella experiencia³⁵ y de dos días antes de que se hubiera celebrado aquella sesión del Claustro, se hacía público que el Gobierno había encargado a la JAE el fomento de las relaciones científicas con los países americanos. La Real Orden del 16 de abril de 1910, situaba bajo la jurisdicción de la Junta la gestión del intercambio de docentes y alumnos universitarios y el envío de pensionados y de delegados para obras de «propaganda e información y el establecimiento de relaciones entre la juventud y el Profesorado de aquellos países con los del nuestro»³⁶.

Tal como dejó consignado en *Mi Viaje a América*, Altamira tenía pleno convencimiento de que el Gobierno no iba a excluir a las universidades en beneficio de la JAE y que, «en su primitiva idea, tal como fue verdaderamente sugerida y pensada esta Real Orden, no comprendía este extremo»³⁷.

El alicantino consideraba que esta institución debía tener un papel muy importante en las tareas de apoyo material y financiación del intercambio universitario. Para Altamira el necesario incremento de las partidas universitarias y la aplicación de fondos específicos para financiar el intercambio podían canalizarse a través de organismos oficiales, como la JAE. Así, Altamira preveía que, a través de la Junta podía desarrollarse una política regular de subvenciones para enviar pensionistas a América Latina —y no sólo a Europa o a los EE.UU.— costeando su traslado y estudios de acuerdo con los cometidos atribuidos a esta institución³⁸.

³³ El Real Decreto del 22 de enero de 1910 (*Gaceta*, Madrid, 28-I-1910), resucitaba a la JAE y ampliaba sus cometidos, adjudicándole todas las tareas de intercambio intelectual, promoción externa y envío de pensionistas, conferenciantes o congresales al extranjero, aunque sin mencionar expresamente al capítulo americano de aquella política.

³⁴ ALTAMIRA, 1911: 599.

³⁵ ALTAMIRA, 1911: 505-540.

³⁶ Real Orden del 16-IV-1910 (*Gaceta*, Madrid, 18-IV-1910).

³⁷ ALTAMIRA, 1911: nota al pie núm. 621.

³⁸ ALTAMIRA, 1911: 524-525.

Sin embargo, Altamira seguía defendiendo enconadamente la tesis de que ese intercambio debía ser planificado y gestionado autónomamente por las universidades españolas y latinoamericanas, prescindiendo de la injerencia ideológica, política y burocrática de los ministerios u otros organismos estatales³⁹.

Pese al giro inesperado de los acontecimientos, la Universidad de Oviedo no se resignó fácilmente a ceder a la JAE lo que entendía, eran derechos y prerrogativas ganados en el terreno. El día 4 de mayo, reunido nuevamente el Claustro, Canella abrió el debate presentando a discusión un polémico documento en el que se bosquejaba un plan para dar continuidad a la labor hispano-americanista asturiana. En estas notas, se proponía la creación de un «Centro cultural hispano-americano» capaz de recibir a profesores y alumnos; de enviar remesas bibliográficas; de organizar una biblioteca especializada; de fomentar «escuelas primarias especiales de emigrantes»; de orientar a la prensa capitalina, provincial e hispanoamericana «para uniformar la propaganda de unión cultural entre España y los pueblos hispano-americanos»; y de publicar una revista o boletín mensual en el que colaboraran universidades españolas y americanas⁴⁰.

Tomando como base aquel documento, Altamira y los decanos de las tres facultades ovetenses elaboraron un texto para ser presentado ante el Rey y el Gobierno que fue aprobado unánimemente en el Claustro el día 19 de mayo. El resultado de aquellas deliberaciones se plasmó en una serie de recomendaciones entre las cuales destacaban dos peticiones muy problemáticas para el Gobierno.

La primera proponía, en contradicción con la R.O. del 16 de abril, la creación de un crédito especial no inferior a 35.000 pesetas en los futuros presupuestos generales del Estado español, para sostener el intercambio de profesores con las universidades hispano-americanas y posibilitar que la Universidad de Oviedo, —«y las demás españolas que sigan su iniciativa»— pudieran solventar total o parcialmente, ora los gastos involucrados en la recepción alojamiento y traslado de los catedráticos visitantes, ora los correspondientes al envío de los profesores españoles, de acuerdo al sistema que se instituyera⁴¹.

La segunda reclamaba para la Universidad de Oviedo una subvención especial del Estado de 4.000 pesetas para crear una «Sección americanista» que reuniera el material bibliográfico obtenido por Altamira y difundiera la historia, la economía, el derecho y la literatura de las naciones hispano-americanas. Dicha sección debería ocuparse, además, de «sostener la propaganda española en aquellos países y contestar la enorme correspondencia que suponen éste y los anteriores servicios, así como la organización y mantenimiento del intercambio de pro-

³⁹ ALTAMIRA, 1911: 73, 521-522 y nota al pie, 611.

⁴⁰ *Informe mecanografiado sin título en papelería oficial de la Universidad de Oviedo*, s/f, sin firma (Fermín Canella / Oviedo, IV-1910) «*Concretar en visita con los Sres. Canalejas y Conde de Romanones la obra realizada y el programa para continuarla*», Archivo Histórico de la Universidad de Oviedo, Fondo Rafael Altamira (AHUO/FRA), Oviedo, Caja 5.

⁴¹ ALTAMIRA, 1911: 565-566.

fesores, y la contestación a numerosos interrogatorios y consultas que a cada paso se reciben de América, desde que se inició, principalmente en Oviedo, la relación universitaria con aquellos pueblos»⁴².

Sin embargo, el 8 de junio, día en que Altamira asistió a su segunda entrevista con Alfonso XIII acompañado por el Conde de Romanones, el delegado ovetense portaría un texto fechado el 31 de mayo de 1910, en el que se agregaban tres incisos de gran relevancia.

En el primero se proponía el establecimiento de una cuota de los subsidios que concediera la JAE para el envío de pensionados a las naciones hispano-americanas con el objeto de que desarrollaran estudios sobre la historia, la vida social, económica e intelectual de estos países. De esta forma, se pretendía asegurar un espacio de autonomía mínimo para el intercambio americanista, al tiempo que se moderaba el impacto de la primera propuesta del Claustro que se oponía abiertamente al régimen centralizador dispuesto en la R.O. del 16 de abril.

En el segundo se proponía la afectación de fondos para el mejoramiento de los archivos con fondos americanistas, actuación imprescindible para atraer el interés de los investigadores extranjeros y para justificar la ulterior fundación de escuelas o institutos históricos hispanoamericanos que entroncaran sus actividades «con el Centro de estudios históricos que acaba de fundarse en Madrid bajo los auspicios de la JAE y con la Escuela histórica de Roma que la misma Junta proyecta»⁴³.

El tercer inciso introducía, inesperadamente, la que llegaría a ser la apuesta política más fuerte de Altamira, relacionada con el establecimiento de un Centro oficial de relaciones hispano-americanas en Madrid, capaz de unificar y coordinar la acción americanista oficial y privada en todos sus aspectos⁴⁴.

Si observamos bien el contenido final del texto presentado ante el Rey y el Gobierno, no sólo reconoceríamos los rasgos de estilo de Altamira, sino el sutil giro que éste imprimió en las formas y estrategia del reclamo. Así, respetado un articulado que satisfacía la indignación y exigencias del rector Canella, la *addenda* enmendaba partes sustanciales del reclamo inicial para explorar las posibilidades de una solución de compromiso que resultara satisfactoria tanto para el Gobierno, como para la JAE, la Universidad de Oviedo y el movimiento americanista.

Sabedor de que nada se conseguiría confrontando con un caudillo como Romanones, de que los referentes de la ILE apoyaban sin fisuras el fortalecimiento de la JAE, y advertido de que la R.O. del 16 de abril y los subsiguientes decretos vinculados no eran fruto del error ni la improvisación, Altamira intentaría utilizar

⁴² ALTAMIRA, 1911: 568-570. Una tercera petición que entrañaba conflictos de competencias con la JAE, proponía la institución de un crédito para auxiliar a los estudiantes que desearan asistir a los congresos estudiantiles hispano-americanos (574-575).

⁴³ ALTAMIRA, 1911: 589.

⁴⁴ ALTAMIRA, 1911: 590-593. La fundación de este centro fue rechazada por el mismo García Prieto.

su prestigio para contemporizar y evitar que la herencia de su triunfal campaña se terminara diluyendo debido a una disputa de índole facciosa y burocrática. De allí que, en su entrevista con el Rey, propusiera una fórmula de equilibrio que venía a conjugar: a) un imprescindible reconocimiento a la jurisdicción otorgada a la JAE; b) una compensación simbólica y material a la Universidad de Oviedo que le permitiera solventar algunas iniciativas independientes en el terreno americanista; c) la limitación de la capacidad efectiva de la JAE para gestionar las relaciones intelectuales con América Latina, en beneficio de las necesidades específicas que manifestaran las Universidades y de las líneas políticas que trazaran instituciones estatales de mayor rango —como el Centro oficial que se proponía— a las que debía confiarse la administración general de las relaciones con las antiguas colonias.

Pese al esfuerzo invertido, los intentos de Canella y Altamira por recuperar el control, siquiera parcial, de las líneas de cooperación universitaria recientemente establecidas fracasaron y sus peticiones fueron desoídas. El crédito especial en el presupuesto general del Estado para que las universidades financiaran el intercambio docente, no fue habilitado, reafirmandose la jurisdicción de la JAE y derivándose en la Residencia de Estudiantes, dependiente de aquella, el alojamiento y los costos de manutención de los eventuales visitantes. La «Sección americanista» ovetense jamás fue abierta; el Museo Pedagógico, fue encargado de gestionar el intercambio de materiales y libros didácticos y la Biblioteca universitaria no recibió auxilio alguno para catalogar los fondos bibliográficos americanistas.

Sin duda Altamira tenía razones para sentirse frustrado por el curso de los acontecimientos pero, no hay duda de que, en lo que a política americanista y a capitalización del Viaje recientemente concluido se refiere, el gran perdedor no fue el alicantino, sino la propia Universidad de Oviedo. En efecto, la figura del alicantino, ya influyente en los ascendentes círculos institucionistas y reformistas, había logrado tal relieve público a raíz del exitoso periplo americano, que las jerarquías políticas liberales no dudaron en ofrecerle entre 1910 y 1913 una serie de atractivas compensaciones honoríficas y políticas entre las que destacó su nombramiento como Director General de Primera Enseñanza en 1911⁴⁵.

El Secretario de la JAE —el institucionista y antiguo «pensionado» en Berlín por la Universidad de Oviedo—, José Castillejo y Duarte, consciente de que la sensibilidad de Altamira podía estar lastimada e interesado por asociarlo a las actividades de aquella institución, invitó al alicantino a realizar alguna actividad en el CEH, comprometiéndose «a hacer una solicitud y enviarla a los demás co-

⁴⁵ Entre estas, estuvieron la condecoración con la Orden de Alfonso XII, su designación como Inspector General de Enseñanza y luego como Director General de Primera Enseñanza; su nombramiento como miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y, luego de su salida de la mencionada Dirección General en 1913, la creación a instancias del Rey, de una cátedra de americanista en la UCM, para recompensar al alicantino.

firmantes pidiendo la admisión de Vd.»⁴⁶. Altamira, aceptó incorporarse como director de Sección —cargo que ocuparía hasta 1918— junto a otros notables como Eduardo Hinojosa, Manuel Gómez Moreno, Ramón Menéndez Pidal, Miguel Asín Palacios y Julián Ribera⁴⁷.

Por el contrario, la Universidad de Oviedo no fue acreedora de reconocimiento alguno, ni logró participación en ninguna de las instituciones o instancias de decisión de la política americanista. Testimonio de las comprensibles molestias que esto causó al rectorado, pueden encontrarse en los mismos *Anales de la Universidad de Oviedo*, donde se consignaba que en abril de 1910 el Ministerio de Instrucción Pública «se propuso convertir en forma legislativa por medio de proyectos de Ley, Reales Decretos y Reales Órdenes, las principales proposiciones de la Universidad de Oviedo y de su Delegado», promulgando otros decretos «de muy plausible finalidad, aunque de espíritu centralista y prescindiendo de favorecer y procurar el concurso de las regiones españolas» y en los que «no se mencionaban los antecedentes y esfuerzos de la Universidad de Oviedo» prodigados entre 1908 y 1910⁴⁸.

Los *Anales* reprodujeron, también, las quejas que Canella hiciera a un alto cargo del Gobierno, respecto de que aquellos textos legales publicados «sin que, ni por incidencia, se mencionen los esfuerzos y sacrificios de todas clases que viene haciendo esta Universidad y, con trabajo abrumador y sacrificios por mi parte», pese a haber enviado al Ministerio de Instrucción Pública «senda relación reciente de todo en comunicaciones» y haber continuado desinteresadamente y con gran sacrificio con el intercambio Universitario con Francia y el de publicaciones con Hispanoamérica⁴⁹.

La correspondencia entre Canella y Altamira mantenida entre mayo y junio de 1910 —mientras se negociaba e intentaba obtener una rectificación del Gobierno— resulta particularmente reveladora del impacto que causaron en Oviedo las decisiones del Romanones y Canalejas. El 14 de mayo de 1910, Canella informaba a su catedrático que desde el Ministerio le habían hecho llegar la R.O. del 7 de mayo por la que se había nombrado a Adolfo González Posada —que había abandonado la Universidad de Oviedo en 1904— como delegado de la JAE «para que en su nombre estudie y plantee en los países hispano-americanos el establecimiento de relaciones científicas». El Rector —que tuvo en su día grandes discrepancias personales

⁴⁶ *Carta de José Castillejo y Duarte a R. Altamira*, Madrid, 27-IV-1910, AHUO/FRA, Oviedo, Caja 5.

⁴⁷ FORMENTÍN Y VILLEGAS, 1988: 194-196. Altamira participaría de algunos cursos y conferencias en la Residencia de Estudiantes; oficiando como delegado de la JAE en congresos internacionales celebrados entre 1911 y 1913; y ejerciendo como vocal de su organismo directivo entre 1921 y 1922, en reemplazo del fallecido Eduardo Hinojosa. En 1923, renunciaría a su escaño y con él a toda vinculación con la JAE.

⁴⁸ SELA Y SAMPIL, 1911b: 536-537.

⁴⁹ CANELLA, 1911: 537-538.

con Posada— temía que, después de todo, «nuestros esfuerzos y mis trabajos y sacrificios personales pudieren tomar otro camino de lo que aquí proyectamos», preguntándose si no sería conveniente «que esté Adolfo enterado de nuestras aspiraciones legítimas por la labor abrumadora que nos hemos impuesto»⁵⁰.

En una epístola posterior Canella denunciaría que: «en todo cuanto el gobierno viene haciendo hasta ahora, ni se ha mentado nuestra Escuela ni se ha favorecido con un céntimo, que es la única indemnización que yo deseo, con el más absoluto desinterés personal, cuando en las empresas dichas y en otras he consumido tiempo, no pocas pesetas y trabajo abrumador, salud y esfuerzos. [...] Creo que tenemos o tiene la Universidad y tengo yo, perfecto derecho a ser atendidos y que es ya tiempo que dejemos de ser la *cenicienta* de la enseñanza, cuando somos los únicos relacionados o conocidos en Europa y América». En esta misma carta, Canella apostaba porque «V. sea el encargado de la redacción de decretos y de órdenes, y que la Universidad de Oviedo sea atendida en esto, en la obras y en todo por su vieja labor pedagógica, Centenario, intercambio y ahora con su embajada hispano-americana, con lo que hemos enmendado olvidos y equivocaciones de más de medio siglo, rompiendo hielos y obstáculos tradicionales»⁵¹.

Canella declararí, también, su intención de dejar impresa una «relación de agravios al Rey, al Gobierno, a la Provincia y a nuestros amigos de América» que restituyera la justicia y el buen nombre de la Universidad⁵². Idea que reafirmaría más tarde, cuando ya no albergara dudas respecto de «la oposición sistemática de ese flamante ministerio a las iniciativas universitarias» y anunciara que, si no se cumplían las promesas oficiales de recompensar al alicantino habría de llegar «hasta el Rey, hasta Canalejas, hasta quien sea, poniendo en juego todas mis relaciones personales» para «requerir cumplimiento de palabras dadas por escrito». Apostar todo a la promoción personal de Altamira era, en rigor, la única opción que le quedaba ya al Rector que sólo podía esperar que «cuanto V. más suba, más ha de ganar el desenvolvimiento de mi empresa hispano-americana para el provenir»⁵³.

Si las rabetas de Canella se irían extinguiendo sin mayor repercusión pública, las objeciones de Altamira a la centralización de la política de intercambio intelectual con América Latina en la JAE y su mirada crítica hacia el desempeño de ésta, perdurarían en el tiempo.

A pocos meses de que Altamira coronara su ascenso en la consideración pública con su segunda entrevista con Alfonso XIII, los síntomas eran un tanto in-

⁵⁰ *Carta de F. Canella a R. Altamira*, Oviedo, 14-V-1910, Archivo de la Fundación Residencia de Estudiantes, Fondo Altamira, Madrid (AFREM/FA) RAL 2. Posada dejaría constancia de la viabilidad de lo esencial del programa ovetense y su oposición al monopolio de la JAE del intercambio intelectual con América en su informe a la JAE. González Posada, 1911: 288-289.

⁵¹ *Carta de F. Canella a R. Altamira*, Oviedo, 8-VI-1910, AFREM/FA, Madrid, RAL 2.

⁵² *Carta de F. Canella a R. Altamira*, Oviedo, 8-VI-1910, AFREM/FA, Madrid, RAL 2.

⁵³ *Cartas de F. Canella a R. Altamira*, Oviedo, 14-VI-1910 y 14-XI-1910, AFREM/FA, Madrid, RAL 2.

quietantes para un observador atento y ansioso como el alicantino, no tanto porque surgieran oposiciones solapadas a sus proyectos, sino por la inercia del andamiaje burocrático español⁵⁴.

Seis años después de concluir su viaje americanista, Altamira criticaba el discurso parlamentario del 6 de junio de 1916 pronunciado por el caudillo que diera un gran impulso a la JAE en 1910 y que lo reclutaría para las filas del liberalismo. En aquel discurso, el Conde de Romanones afirmaba que había llegado el momento de dejar atrás el «período de propaganda romántica» y la retórica fraternal para «entrar por el camino de las realidades»⁵⁵.

Altamira coincidía con que el sentimentalismo y el abuso de la retórica habían debilitado al americanismo, haciéndole fuerte en los discursos y conferencias, «como si la palabra fuese ya, por sí misma, *acción*, y no simplemente anuncio o promesa de acción». Pero si el movimiento americanista podía ser criticado por esto, otro tanto debería reprochársele a los políticos, dado que tan retórico era «fantasear fraternidades sin substancia positiva que las alimente, como pasarse el tiempo llamando a las realidades prácticas sin acometer ninguna»⁵⁶. Teniendo en cuenta esto Altamira aseguraría más tarde que si España era el país que menor influencia efectiva tenía en América eso se debía, en mucho, a la conducta errática e indolente de los gobiernos españoles y de los diferentes sectores que tenían en sus manos la aplicación práctica de la política americanista⁵⁷.

Altamira preguntaba, retóricamente, qué habían hecho, hasta entonces y después de las iniciativas ovetenses, el resto de las universidades españolas⁵⁸ y la propia JAE, por la vinculación intelectual iberoamericana. Si bien la JAE habría recogido el desafío americanista «en parte y desde su limitado punto de vista» había demostrado que «por tener demasiados asuntos a que dirigir su actividad, no podrá ser nunca un buen órgano de americanismo, ni aun limitado al orden intelectual». Para Altamira, estaba claro que la JAE no apreciaba la importancia de la apertura intelectual hacia América, salvo «en el aspecto docente con relación a los Estados Unidos», lo cual constituiría «un error de bulto»⁵⁹.

⁵⁴ *Notas de Rafael Altamira para servir de guía de reclamos y preguntas al Ministro de Instrucción Pública acerca de los proyectos derivados de la entrevista con el Rey y sobre «Cuestiones referentes a la Inspección»*, s/l y s/f (6 pp. redactadas entre septiembre y octubre de 1910), AFREM/FA, Madrid.

⁵⁵ ALTAMIRA, 1917: 73.

⁵⁶ ALTAMIRA, 1917: 75.

⁵⁷ ALTAMIRA, 1921:V. Tras este discurso, Altamira había intentado presentar a Romanones su nuevo «Programa práctico y mínimo de política americanista», en julio de 1916. Para decepción de Altamira, Romanones no prestó demasiada atención al programa y ello fue lo que radicalizó su crítica hacia la clase política, recopilada, un año después, en *La Política de España en América*. Ver: *Programa práctico y mínimo de política americanista*, Madrid, VII-1916, AHUO/FRA, Oviedo, Caja 5. En este documento mecanografiado, Altamira anotó marginalmente «Pedida conferencia a Romanones en junio de 1916. Repetida en 10-7-1916. No se celebra».

⁵⁸ ALTAMIRA, 1921: 51 y 171.

⁵⁹ ALTAMIRA, 1921: 173.

Salvo el envío de Posada en 1910 a la Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile en misión universitaria homóloga a la de Altamira, «la Junta no ha realizado ninguna otra gestión americanista», sin que debiera computarse ni el envío de unos pocos pensionados, ni el de profesores a la cátedra fundada en Buenos Aires por la Institución Cultural Española (ICE), ya que ésta era quien pagaba los gastos.

Altamira mantuvo firmemente sus criterios respecto de la necesidad de fijar el intercambio intelectual en la jurisdicción autónoma de las universidades, en tanto «toda intervención ajena a ella me parece, a priori perjudicial, ciega y expuesta a molestias y disgustos», debiendo los gobiernos o cualquier otra institución, abstenerse de tutelar el proceso, limitándose a «facilitar medios financieros» sin inmiscuirse en los aspectos docentes⁶⁰.

En lo que hace al envío de profesores —tanto a América como a otros destinos— y en vista de los resultados obtenidos, Altamira ya había llegado a la conclusión de que «el peor de los sistemas es pedirlo a los gobiernos» y ello porque la burocratización del trámite desembocaba en que, tarde o temprano, un ministro escogiera un candidato siendo «casi imposible, que en ello no juegue la política, la cual unas veces aconseja favorecer al correligionario y otras veces al que no lo es, para conquistar apoyos en la acera de enfrente, o ganarse fama de tolerancia»⁶¹.

Respecto de la labor de la JAE como promotora del intercambio, Altamira señalaba que, pese a tenerlo todo en sus manos y a su favor, esta institución se había mostrado, desde un principio, reacia a enviar pensionados a América Latina, sin que pudiera comprenderse la razón de aquella resistencia⁶². En todo caso, era evidente para Altamira que los escasos mandatos americanistas impuestos a la JAE no se habían cumplido, llegando a expresar sus dudas de que ésta los «haya tratado siquiera de cumplir», e ignorando, por otra parte, si la Residencia de Estudiantes reservaba efectivamente plazas para latinoamericanos⁶³. En 1921 la perplejidad de Altamira se habían transformado en una amarga inquisición argumentativa: «pregunto cuántos pensionados envió la JAE a las Repúblicas hispanoamericanas en estos últimos cinco años»⁶⁴.

Con estos antecedentes, Altamira retiraría su confianza a la JAE como gestora de las relaciones intelectuales con América Latina. De allí que, elogiando la iniciativa de la ICE de costear cursos regulares de profesores españoles en Argentina, Altamira no dudaría en sentenciar que «no debe encargarse la selección de profesores en España exclusivamente a la Junta para ampliación de estudios»⁶⁵.

⁶⁰ ALTAMIRA, 1917: 106.

⁶¹ ALTAMIRA, 1917: 107.

⁶² ALTAMIRA, 1917: 67.

⁶³ ALTAMIRA, 1921: 55-56.

⁶⁴ ALTAMIRA, 1921: 51.

⁶⁵ «No puedo ser sospechoso de enemistad a la Junta. De lo bueno que le debemos fui pregonero en plena Sorbona, hace ya años y varias veces he escrito artículos encomiando su labor. Pero creo que es peligroso olvidar a otros elementos de nuestra cultura presente que no figuran y probablemente no figurarán nunca en la Junta». ALTAMIRA, 1921: 102-103.

Por lo demás, recordaba que aquella «gran iniciativa argentina» sólo cubría, lógicamente, «la mitad del propósito que perseguimos», en tanto la JAE no parecía dispuesta a enmendar su política e invitar a profesores americanos a las españolas⁶⁶. Poco más tarde, la evidencia de que la Junta no había rectificado su política le permitirían reafirmar los argumentos por los cuales «he creído y sigo creyendo que es un error haber confiado a la Junta el monopolio de ese suministro»⁶⁷.

LA CONTROVERSIAS POR EL INTERCAMBIO INTELECTUAL CON AMÉRICA LATINA EN LA COYUNTURA POLÍTICA DE 1907-1911

Minimizado o simplemente inadvertido debido, en parte, al usual influjo armonizador de la memoria o de las efemérides, este interesante debate en torno de la gestión del intercambio intelectual con América Latina se ha hecho, con el tiempo, prácticamente invisible para la historiografía⁶⁸.

Digámoslo claramente: recuperar y estudiar esta controversia no puede suponer magnificar artificialmente las diferencias que separaron a estos hombres. No se trata, pues, de poner en entredicho la comunidad de ideales existente entre Altamira y los principales dirigentes institucionistas de la JAE, ni minimizar la importancia del subsidio que ésta le concediera para asistir al Congreso de Ciencias Históricas de Berlín en 1908, ni de ignorar el significado de su integración al CEH. Tampoco se trata de negar que Altamira colaboró con la Junta «en la renovación de la enseñanza universitaria y en la creación de un clima intelectual y científico distinto», siendo inobjetable que Altamira consideraba que la JAE «fue fermento de la cultura española»⁶⁹. De lo que se trata es de comprender por qué, a pesar de todo esto, Altamira, confrontó con la JAE.

Las diferencias que provocaron aquella confrontación entre hombres de ideas y trayectorias afines no fueron anecdóticas, ni tampoco fueron fruto de un mero choque de egos o ambiciones, aún cuando, indudablemente, este debate involucraba intereses personales o institucionales contrapuestos. La controversia de 1910 en torno a las competencias y jurisdicciones universitarias o ministeriales de la política de intercambio intelectual con América Latina tenía, en última instancia y contra lo que se ha considerado, un fundamento ideológico y programático evidente.

Mientras aquel intercambio no pasó de ser la aspiración idealista y casi utópica de un círculo estrecho de intelectuales sin mayores influencias en la opinión pública, ningún disenso práctico se manifestó entre sus promotores, que tendie-

⁶⁶ ALTAMIRA, 1921: 102-103.

⁶⁷ ALTAMIRA, 1921: 173-174.

⁶⁸ DE LA CALLE VELASCO, 2005: 204-206.

⁶⁹ FORMENTÍN Y VILLEGAS, 1988: 207.

ron a abroquelarse alrededor de un programa común. Dicho programa reclamaba al Estado que asegurara la presencia de representantes españoles en los foros científicos que favoreciera el envío de especialistas a ejercer docencia en Europa o América, que ofreciera becas externas de perfeccionamiento a graduados españoles y otorgara pensiones atractivas que permitieran a los extranjeros estudiar, enseñar o investigar en las universidades, academias y archivos peninsulares. Centrándose en estas demandas y enfrentándose a la indiferencia de la mayor parte de los políticos, todos y cada uno de los socios externos que pudieran interesarse por la ciencia española aparecían, en principio, como importantes.

Cuando el enrarecimiento del clima político tras la crisis del '98 y la alarmante inestabilidad experimentada por el dispositivo canovista en los tres lustros siguientes fortalecieron a los sectores más reformistas del liberalismo dinástico, se dieron las condiciones para que influyentes intelectuales institucionistas, republicanos moderados, reformistas y posibilistas, como Cossío, Azcárate, Posada, Buylla, Castillejo y el propio Altamira, entre otros, aceptaran el diálogo aperturista ofrecido por Moret, Canalejas y Romanones y, posteriormente, una integración crítica y tecnocrática en un régimen al que pretendían democratizar, ahora, desde dentro⁷⁰.

La colonización de las universidades, la militancia paralela en movimientos y asociaciones de la sociedad civil y la incorporación de varios de estos intelectuales a despachos oficiales de inspiración reformista, hizo que estos desarrollaran, lógicamente, cierta identificación con los intereses, perspectivas y objetivos de las instituciones en las que desarrollaban su labor. Este anclaje llevó a que estos intelectuales asumieran la responsabilidad de hallar un compromiso operativo entre los requerimientos —simultáneos y no siempre compatibles— de sus ideales, de sus respectivos ámbitos de acción y de la realidad, siempre mezquina, de la gestión.

La solución de compromiso a la que llegaron hombres como Castillejo fueron distintas a la que llegaría Altamira. Conjugando su identificación con la Universidad de Oviedo, con sus convicciones regeneracionistas y con su adhesión al movimiento americanista español, Altamira defendería un programa muy ambicioso en el que se contemplaba la modernización intelectual como requisito para apuntalar la regeneración interna y para orientar la reinserción de España en el concierto internacional, como parte influyente de una dinámica y progresista comunidad hispana de naciones.

Se comprende pues que, para Altamira, la política de apertura y proyección de la ciencia española hallara en el Nuevo Mundo un espacio natural para desarrollarse y fructificar, para beneficio de España, de las repúblicas americanas y del progreso de la cultura común que las unía. Por el contrario, para los hombres de la JAE —carentes de compromisos ideológicos con el movimiento americanista—, llevar a buen puerto aquella política de modernización intelectual que se les había

⁷⁰ HALL, 2005: 122-123, 141-142, 152, 168-169 y 176-178.

encargado administrar, suponía un diseño completamente alejado del modelo de intercambio universitario autónomo, bilateral y prioritariamente iberoamericano previsto por Altamira.

Atraer a España a científicos y profesores británicos, franceses, alemanes y estadounidenses, enviando a sus academias y universidades pensionados españoles sin reclamar, necesariamente, reciprocidad y contemplar marginalmente a Hispanoamérica como destino para que sus investigadores y docentes dictaran cursos y conferencias, suponía instaurar una triangulación que permitiría a España extraer el doble beneficio de adquirir los progresos europeos y estadounidenses y abastecer las demandas de países sin mayores tradiciones intelectuales, aumentando su prestigio.

No es casual que, pese a los insistentes llamamientos de Altamira para que la JAE cumpliera sus mandatos americanistas, ésta ni siquiera se interesara por llevar americanos a las aulas españolas y desalentara el envío de pensionados⁷¹. Como bien lo han expresado Formentín y Villegas, el trasfondo de esta opción era que los miembros de la JAE «pensaban que España era inferior a Europa, pero superior a nuestros pueblos hermanos de América»⁷². Es por ello que la JAE se mostraba contraria a «malgastar» recursos escasos, invirtiendo en un intercambio equilibrado con América Latina; una competencia que no había solicitado, que no creía prioritaria y para la cual no habían recibido partidas presupuestarias adicionales.

Como podremos intuir, las diferencias programáticas que permiten explicar el fundamento ideológico de esta controversia, emergieron en determinada coyuntura y se conjugaron, lógicamente, con las tensiones propias del debate político. En este sentido, la confluencia de circunstancias y acontecimientos imprevistos, el crudo faccionalismo del sistema restaurador, la ingenuidad y vulnerabilidad política de estos intelectuales y la progresiva complejidad y diversificación de intereses, discurso y estrategias al interior del campo democrático y reformista, contribuyeron decisivamente para que estallara esta contradicción imprevista entre quienes, en principio, perseguían fines idénticos.

La cooptación de caracterizados institucionistas lograda por los sectores reformistas del liberalismo dinástico desde la primera década del siglo XX hizo que algunos de sus proyectos se concretaran y que las instituciones reformistas cuya fundación inspiraron y en las que se integraron, se convirtieran, también, en arenas de confrontación partidaria y facciosa.

Es indudable que el desarrollo de la JAE entre 1907 y 1909 se vio directamente afectado por la desconfianza que inspiraba en los sectores confesionales y conservadores. Esta situación hizo que los institucionistas se embarcaran tanto en una defensa de la JAE, como en la búsqueda de estrategias alternativas de intervención

⁷¹ Entre 1911 y 1936 la JAE envió tres pensionados a América —pese a recibir un centenar de peticiones—; otorgó veintitrés representaciones equiparables pero desprovistas de emolumentos y envió dos representantes a Congresos americanos. FORMENTÍN Y VILLEGAS, 1992: 69-70, 72-76 y 80.

⁷² FORMENTÍN Y VILLEGAS, 1988: 187.

para superar aquella peligrosa inercia. En efecto, el cese de Castillejo y el virtual bloqueo al que fue sometida la JAE por las gestiones ministeriales conservadoras⁷³ contribuyó a que, desde uno de los baluartes periféricos del institucionalismo, un referente del krausismo y del americanismo, como Altamira, apostara por impulsar desde su Claustro, proyectos de intercambio desoídos o irracionalmente postergados por el poder. En este sentido, el Viaje Americanista fue un emprendimiento autónomo que se generó con el objetivo de activar uno de los expedientes que caían virtualmente bajo la jurisdicción de la JAE, cuando nada hacía pensar que ésta fuera a sobrevivir o estuviera próxima la caída de Maura.

En este contexto, lanzado el proyecto en enero de 1909, los conservadores no tardaron en detectar y explotar aquellos aspectos diferenciadores en beneficio de su estrategia de aislamiento de la JAE. Así, es evidente que el rápido apoyo que recibió el Viaje Americanista por parte del Ministro y caudillo asturiano Faustino Rodríguez de San Pedro no sólo se debió al vínculo existente entre éste y la Universidad de Oviedo o a su posición central en el *lobby* americanista como presidente de la Unión Ibero-Americana. La inusual celeridad del trámite, la completa ausencia de trabas al proyecto de un manifiesto opositor republicano y la cobertura legal y administrativa dada por el Ministerio de Instrucción a las solicitudes de autorización y licencias docentes cursadas por el Rector, son evidencias de que el Viaje fue leído no sólo como una iniciativa patriótica loable sino, también, como una oportunidad para suscitar divisiones en el campo opositor y reforzar una política hostil a los objetivos últimos de reforma social, política y pedagógica, a los cuales adherían, tanto los hombres de la JAE, como los del Grupo de Oviedo.

De allí que, independientemente de los objetivos y de las adhesiones ideológicas de Altamira y Canella, el Gobierno de Maura viera en el Viaje Americanista una oportunidad para debilitar a la JAE —y, a través de ellas, a la ILE y a sus opositores liberales y republicanos— admitiendo que expedientes puestos, en principio, bajo su jurisdicción, fueran gestionados independientemente por una universidad española.

Cuando la represión de la revuelta catalana de 1909 precipitó el turno liberal, el Gobierno de Canalejas, compuesto por hombres bien predispuestos hacia los sectores krauso-institucionalistas y compelidos a avanzar por el camino del reformismo, renovarían su apoyo a la JAE —a cuya secretaría retornaría Castillejo—, convirtiéndola en el referente de su política de fomento de la ciencia, la investigación y la modernización intelectual de España. Así, la batería de reales órdenes y decretos firmados por el Conde de Romanones en su paso por el Ministerio de Instrucción Pública hicieron de la JAE un sólido complejo institucional encargado de la promoción estatal de la investigación científica, de la formación superior y postgradual de españoles en el país y en el extranjero y de la promoción internacional de la intelectualidad española.

⁷³ FORMENTÍN Y VILLEGAS, 1992: 21.

Difícilmente pueda reprochársele a Canalejas o Romanones falta de lógica política o administrativa en su apuesta por la JAE, en tanto canalizaba la nueva política científica e intelectual en una institución idónea y progresista ya existente, descartando fragmentación o delegación en unas universidades «autónomas» y todavía influidas por los sectores conservadores y tradicionalistas.

Así, en la coyuntura signada por el ascenso al poder de los políticos liberales más proclives a la reforma, por el fortalecimiento de la JAE, la proyección política de la ILE y por el momento más prometedor de las relaciones entre España y sus antiguas colonias tras el éxito del Viaje Americanista, se desencadenaría, paradójicamente, la controversia que aquí hemos analizado y que se saldaría con la frustración del proyecto ovetense, en favor de un plan de acción alternativo timoneado por la JAE. Un plan de meritorios resultados que transformaría la ciencia española entre 1910 y 1936, pero que renunciaría a los beneficios que podría haber generado —tanto para la España liberal y progresista emergente, como para una América Latina tensionada por un vertiginoso proceso de modernización y de redefinición de su identidad hispana— un temprano programa de intercambio intelectual como el que había diseñado y promocionado, desde 1898, Rafael Altamira.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRA, Rafael, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899*, Oviedo, Est. Tipográfico de A. Brid, 1898.
- _____, *Cuestiones hispano-americanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra Editor, 1900.
- _____, «El II Congreso Int. de Ciencias Históricas. 2.º artículo», *La España Moderna*, 176 (Madrid, 1903a): 38-53.
- _____, «España en el Congreso Int. de Ciencias Históricas. Roma, 1903», *La Lectura* (Madrid, agosto 1903b): 477-488
- _____, «El Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Roma (1903)», *Anales de la Universidad de Oviedo*, Tomo II: 1902-1903 (Oviedo, 1903c): 177-185.
- _____, «Lo que pudo hacer España en el Congreso Int. de Ciencias Históricas», *La Lectura* (Madrid, septiembre, 1903d): 187-197.
- _____, *España en América*, Valencia, F. Sempere y Compañía Editores, 1909.
- _____, *Mi viaje a América. Libro de documentos*, Madrid, Victoriano Suárez, 1911.
- _____, *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial América, 1917.
- _____, *La Política de España en América*, Editorial Edeta, Valencia, 1921.
- _____, ÁLVAREZ, Melquíades, ARAMBURU, Félix de, CANELLA, Fermín, BUYLLA, Adolfo, ALAS, Leopoldo, JOVE, Rogelio y SELA, Aniceto, «Al Congreso Hispano-Americano. Propositiones que presentan al Congreso Hispano-Americano algunos

- catedráticos de la Universidad de Oviedo», *Anales de la Universidad de Oviedo*, I, 1901 (Oviedo, 1902): 389-398.
- AA.VV., *Rafael Altamira 1866-1951* (Catálogo de la exposición), Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert y Diputación Provincial de Alicante, 1987.
- BERNABEU ALBERT, Salvador, *El IV Centenario del Descubrimiento de América en España: coyuntura y conmemoraciones*, Madrid, CSIC, 1987.
- CAGIAO VILA, Pilar, COSTAS COSTAS, Magali y DE ARCE ANDRATSCHKE, Alejandro, «El hispanoamericanismo regeneracionista y su proyección en la Galicia de principios de siglo», Manuel Alcántara (ed.), *América Latina. Realidades y perspectivas. I Congreso Europeo de Latinoamericanistas*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca (CD), 1997.
- CANELLA, Fermín, *Carta a un alto cargo del Gobierno*, Sela y Sampil, Aniceto, Sin título. Reclamos de la Universidad de Oviedo, *Anales de la Universidad de Oviedo*, V, 1908-1910 (Oviedo, 1911): 537-538.
- DALLA CORTE, Gabriela y PRADO, Gustavo H., «El movimiento americanista español en la coyuntura del Centenario. Del impulso ovetense a la disputa por la hegemonía entre Madrid y Cataluña», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 19, n° 56 (Buenos Aires, 2005): 31-64.
- DE LA CALLE VELASCO, María Dolores, «España y Castilla en el discurso hispanoamericanista de Rafael Altamira», Antonio Morales Moya y Mariano Esteban De Vega (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005: 195-220.
- GARCÍA GARCÍA, Carmen, «Patriotismo y regeneracionismo educativo en Rafael Altamira: Su gestión al frente de la Dirección General de Enseñanza (1911-1913)», Jorge Uría (coord.), *Institucionismo y reforma social en España*, Madrid, Talasa, 2000: 248-280.
- GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, «Relaciones científicas con América: Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay», *Anales de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, Madrid, Fortanet, 1911: 230-315.
- FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo y VILLEGAS SANZ, María José, «Altamira y la Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas», Armando Alberola (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios J. Gil Albert, 1988: 175-207.
- _____, *Relaciones culturales entre España y América: la JAE (1907-1936)*, Madrid, MAPFRE, 1992.
- HALL, Morgan C., *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal, 1902-1923*, Madrid, Alianza, 2005.
- MELÓN FERNÁNDEZ, Santiago, «Un capítulo en la historia de la Universidad de Oviedo» [1963], Santiago Melón Fernández (ed.), *Estudios sobre la Universidad de Oviedo*, Oviedo, Univ.de Oviedo, 1998a: 17-85.
- _____, *El Viaje a América del Profesor Altamira* [1987], Santiago Melón Fernández (ed.), *Estudios sobre la Universidad de Oviedo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1998b: 115-173.

PASAMAR ALZURÍA, Gonzalo y PEIRÓ MARTÍN, Ignacio, *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1987.

PRADO, Gustavo H., *Rafael Altamira, el hispanoamericanismo liberal y la evolución de la historiografía argentina en el primer cuarto del siglo XX* [tesis doctoral, Universidad de Oviedo, 7-IV-2005].

_____, «Oviedo y La Plata, 1898-1910: el diálogo del reformismo liberal español y argentino en torno de la problemática hispano-americana», Pilar Cagiao Vila y Eduardo Rey Tristán, (coords.), *Aproximaciones al americanismo entre 1898 y 1936: Proyectos, Instituciones y Fondos de Investigación*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2006: 79-118.

_____, «La estrategia americanista de Rafael Altamira tras la derrota del proyecto ovetense (1910-1936)», Ariadna Lluís y Gabriela Dalla Corte (eds.), *II Congrés Internacional d'Institucions Americanistes: fons documentals des de les independències al bicentenari*, [Libro Electrónico], ICCI, Barcelona, 2007 [en línea: www.americat.net].

RAMOS, Vicente, *Rafael Altamira*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1968.

SELA Y SAMPIL, Aniceto, «Intercambio de las Universidades de Burdeos y Oviedo», *Anales de la Universidad de Oviedo*, Tomo V: 1908-1910 (Oviedo, 1911a): 440-463.

SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

URÍA González, Jorge, «La Universidad de Oviedo en el 98. Nacionalismo y regeneracionismo en la crisis finisecular española», Jorge Uría (ed.), *Asturias y Cuba en torno al 98*, Barcelona, Labor, 1994: 69-196.

_____, «Presentación» y «Posada, el Grupo de Oviedo y la percepción del conflicto social», Jorge Uría (coord.), *Institucionismo y reforma social en España*, Madrid, Talasa, 2000: 7-22 y 109-145.

Accustomed as we are to the struggles between Spanish Liberal and Conservative traditions, the internal tensions within the reformist field have hardly been attended to. Such is the case with the controversy around the management of intellectual exchanges with Latin America that confronted the University of Oviedo and Rafael Altamira on one side, and the JAE and Canalejas on the other, over the politics of Science promotion taken up by the latter. This articles studies that ideological debate in the 1907-1913 political context, through the analysis of unpublished sources and Altamira's texts on Latin America. The aim is to understand why the shared ideal of international projection of the Spanish science gave way to conflictive strategies.

KEY WORDS: *Intellectual exchange, Spain, Latin America, Rafael Altamira, Oviedo University, «Junta para Ampliación de Estudios».*
